



Erasmus Zarzuela

Cuando nace un medio de expresión nuevo, vale como medio; la expresión viene después. La mayoría se queda en medio. Muchas veces me he preguntado qué debo pasar para que un medio de expresión se transforme en un arte; porque ninguno nace como arte, más bien al contrario, nacen lejos del arte, casi en las antípodas, y es todo un milagro que lleguen a ser un arte. De hecho, de los que aparecieron un poco más acá de la más remota antigüedad, uno solo llegó al estatus de arte pleno, de alta cultura: el cine. La fotografía lo anduvo cerca, y sería discutible si llegó o no, pero me parece indiscutible el argumento de que la fotografía no dio un artista que pueda ponerse a la altura de un Picasso o un Stravinsky o un Eisenstein. Y no es cuestión de esperar, porque el pasaje se da en un momento temprano, o no se da nunca. El cine nació como una atracción de feria, y a nadie se le ocurría que pudiera llegar a ser un arte como la pintura o la literatura, como hoy no podemos concibirlo de, digamos, los juguetitos electrónicos tipo Dungeon & Dragons. Alguna vez leí que el que hizo el clic fue Chaplin. Es posible, aunque reconocerlo significaría abonar la desacreditada teoría del "hombre providencial", que yo sostengo a pesar de su descrédito.

César Alra en: *Fragmentos de un diario en los Alpes*



el duende
director: luis urqueta m.
consejo editor: alberto guerra g.
edwin guzmán o.
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david ángel lllanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288500
e-mail: duendejulia@hotmail.com



Oruro S.A.

Zona Franca

Cementerio Club

Búsquedas, las discapacidades

En el libro *Búsquedas, las discapacidades* (La Paz, 2004), el segundo que Virginia Ayllón, poeta, narradora y documentalista, publica, un yo femenino coja, muda, ciega y terca discurre reflexiva y mordazmente, minando un ámbito de completitud que sabe que existe, al menos en el recuerdo, en su recuerdo. Y esa actitud, corrosiva más que devastadora, acaso más propia de la discapacidad, no está exenta de la anécdota. De hecho, el libro evoca, en la memoria, donde se ha identificado el único ámbito completo dado, un transcurrir temporal desde el amor a unas muchachas candorosas y arrogantes, hasta tocar la frontera final del caso. Esa línea del horizonte entre lo revolado y lo oculto. Y todo este devenir está signado, claro, por las búsquedas. En este caso se trata de una búsqueda orillando los márgenes, donde el sueño colectivo, el apacible sueño colectivo se derrumba, las certezas y las comodidades se abandonan. Sitio desgastado pero vital, como toda frontera, es precisamente allí donde hay que buscar. Donde la igualdad desaparece y los rígidos contornos se diluyen, se escuchan voces, se penetra en el silencio, se asiste al nacimiento y a la caducidad.

Todo ello más allá de un ejercicio intelectual, es, creo, el ámbito sincero de una marginalidad virulenta, despreciada por los grandes normadores e igualadores, es decir fuera de ese ánimo de ecuanimidad y equilibrio que, sin embargo, desprecia y afsla lo que no cabe en el molde.

Las discapacidades cuestionan desde donde lo peyorativo recalca, para mostrarnos, con lucidez, como lo hacen los poemas de este libro, las propias fisuras de una, llamémosle, democracia verbal y fáctica, vasto reino del goce multitudinario, solapado nido de intolerancia hacia lo singular.

Es desde ahí, desde esos límites, que se nombra, se busca nombrar. Acaso en el extremo opuesto de un decir ya instaurado, autosuficiente, engolosinado consigo mismo; el revés del espejo trizado, la espuma vertida de las copas.

El miedo, la costra, el engaño, activos actores de un mundo que establece un símil entre el cuerpo y la escritura, donde la terquedad empuja al movimiento y se convierte en el motor de lo que pueda suceder, y de hecho sucede en el libro.

En 1996, Virginia publicó: *Búsquedas, cuatro relatos y algunos versos*. En una entrevista, ella afirma que *Las discapacidades*, vendría a ser una parodia de aquel. ¿En qué sentido? En el de -y cito- "expresar el deseo del silencio, entendido como un espacio deshabitado de la memoria, del ruido y de las mismas otras que soy yo".

Una auténtica paradoja, creo, a la que se arriba cuando algo ha operado dentro de nosotros, como ese barco que ha partido del que Alejandra Pizarnik nos habla o lo intenta; en este caso, rumbo a los confines, porque no es sino demasiado claro -como reflexiona Yves Bonnefoy acerca de Michaux- que para quien construye sus ciudades "con andrajos", jirones juntados de donde el sufrimiento o la esencia los arrojó, más allá de las formas y de los signos, telas acribilladas de noche, agitadas por visiones que dan miedo, henchidas sin embargo por la plenitud del color que destiñe, la fibra que se rompió, la costra de barro que se seca, no hay presunción más ciega que la de venir a delimitar, a fraccionar a abrir caminos -aunque rompiendo la red de las huellas- en el flanco mismo de esas montañas donde acampan todavía, donde atizan su exiguo fuego aquellos que Michaux llamaría los poetas según el corazón.

Éste es un libro que después de buscar, arriba -ya lo dijimos- a la línea del horizonte que es el ocaso, y festeja el supremo estado del no decir, del no ser, del no estar, luego de haber entrevisto la fisura.



Benjamín Chávez